

CAPITULO II

RAZON DEL CRECIENTE INTERES POR LOS PROBLEMAS DEL ENTORNO

2.1. La necesidad de un entorno apropiado.

2.11. Insatisfacción inconsciente.

2.12. Prioridades.

2.13. Entorno y bienestar.

2.14. Calidad.

2.2. El actual interés por el entorno

2.21. Aumento del interés.

2.22. Consecuencia de la evolución.

2.23. El proceso de urbanización.

2.24. El hombre se hace consciente de los problemas del entorno.

2.25. Devastaciones.

2.3. Los efectos negativos y sus raíces.

2.31. Separación, segregación e integración.

2.32. Densificación.

2.33. Preponderancia de las argumentaciones técnicas y económicas.

2.34 Industrialización.

2.35 Modificación del entorno.

2.36. Limitación de las áreas de recreo y juego.

2.37. Degradación del clima.

2.1. La necesidad de un entorno apropiado.

Desde los años veinte se va llegando, cada vez con mayor evidencia, al convencimiento de que no basta sólo construir buenas viviendas, es, además, obligatorio ordenar el entorno urbano.

No obstante, y tal como hemos comprobado, la ordenación del entorno de las viviendas quedaba reducido, en parte importante, a una mera yuxtaposición de diversas exigencias (por ejemplo, aparcamientos). Hoy ya está reconocido que no basta con poseer ciertas ideas sobre el entorno ideal (por ejemplo que los caminos peatonales estén protegidos); es, además, preciso analizar los resultados producidos por la realización de tales ideas y verificar su ensayo práctico.

Durante los últimos años existe un interés creciente por los problemas del entorno. Se han realizado numerosos análisis científicos. Ha sido observada la realidad y analizados los hechos. Los resultados exigen una cuidadosa interpretación.

2.11. Insatisfacción inconsciente.

La opinión pública posee una imagen bastante negativa de los nuevos barrios (barrios periféricos o de nueva construc-

ción). Se les ha calificado de desérticos, aburridos, monótonos, masivos... etc. Existe, corrientemente, un motivo para ello: por lo general, los nuevos barrios, en relación con los viejos, dan al visitante una impresión negativa. El problema está en saber si, de verdad, sus habitantes poseen idéntica opinión.

Según los datos de una encuesta realizada entre los ocupantes de 24 conjuntos residenciales de nueva construcción realizados en la R.F. Alemana, hemos llegado a comprobar que:

—un 60 por ciento de los usuarios se confiesan satisfechos y conceden a su barrio la calificación de bueno.

—un 36 por ciento se limita a la calificación de satisfactorio.

—solamente el 3 por ciento se reduce a la de insuficiente

Otras muchas encuestas han llegado a resultados similares. Según las características del barrio, están satisfechos entre el 70 y el 90 por ciento de sus habitantes. Sin embargo no es, ni mucho menos, una obligación aceptar, así sin más, estos resultados; será preciso analizarlos con espíritu crítico. ¿A qué conclusiones hemos de llegar? ¿No existirá un



descontento oculto tras esta satisfacción genéricamente expresada? El método mismo del análisis debería perfeccionarse. Ya no podemos darnos por satisfechos con las simples calificaciones que los usuarios conceden a la barriada, ni reducirnos a la cuestión exclusiva de saber si se hallan satisfechos o no. Hoy existen sistemas más depurados. Utilizando el llamado método de asociación puede obtenerse un perfil del carácter de los edificios, o de los barrios, que nos permitirá establecer relaciones entre los distintos elementos constitutivos, e incluso, comparar los barrios viejos con los nuevos.

Utilizando este método de asociación se ha comprobado que los usuarios interrogados califican su propio barrio de **agradable-animado-íntimo** en proporciones del 77, 88 y 64 por ciento respectivamente.

Al contrario, los adjetivos de **aburrido-frío-aislado** resultan rechazados por una abrumadora mayoría (91, 94 y 94 por ciento).

He aquí una imagen de las nuevas barriadas, absolutamente diferente a la extendida según opinión pública. ¿Cuál es el motivo de semejante juicio positivo?

Será preciso, en primer lugar, subrayar que éstas encuestas han sido realizadas en barrios periféricos de promoción mixta y sin una elevada densidad, desde donde es posible, siempre y con facilidad, alcanzar el centro de la ciudad. En todo caso, puede suponerse que en otras nuevas barriadas han de darse juicios menos positivos.

La misma actitud de los entrevistados depende, también, del momento en que se ha realizado la investigación. ¿Cuánto tiempo llevan en el barrio? ¿Cuántos años posee la barriada? Los análisis científicamente llevados han demostrado, en primer lugar, que se queja del ruido un tercio de la población. Como segundo motivo de disgusto están las demoras en realizar las infraestructuras (ausencia de campos de juego infantiles, falta de tiendas, de servicios artesanos y médicos, carencia de transportes colectivos... etc.)

Se trata de dificultades típicas del comienzo, dificultades inherentes a las nuevas barriadas que aún no se hallan totalmente equipadas. Tales reclamaciones, por lo general, cesan en el momento mismo de la puesta en funcionamiento de estos equipamientos.

Algunas veces la satisfacción que confiere el nuevo alojamiento, más confortable, más moderno —quizás la primera vivienda en propiedad— hace que su entorno sea juzgado con un espíritu muy benévolos. En efecto, corrientemente llegan a coincidir la satisfacción manifestada por el barrio —el entorno— con la que se experimenta por la vivienda.

Por último, ciertos fallos nunca llegan a percibirse de una manera consciente. No puede echarse de menos lo que se ignora. Por ejemplo, los espacios de juego cubiertos y sitios de reunión infantiles acondicionados para el mal tiempo, resultan favorablemente recibidos cuando existen, pero no se exigen jamás de forma espontánea. Nadie se queja del carácter de ciudad-dormitorio de ninguna barriada, aunque falten en ella puestos de trabajo para madres imposibilitadas para realizar largos trayectos. Un hogar juvenil sólo se echará de menos por quienes ya conocen su existencia.

Estamos, pues, obligados a educar el sentido crítico de los habitantes. El hombre padece la tendencia a resignarse y acostumbrarse con aquellos males de apariencia incorregibles aunque los perciba (ajuste hacia abajo). Ante tal efecto de la costumbre debemos preguntarnos si todos aquellos que se confiesan satisfechos de verdad lo están. Será cierto en una elevada proporción, pero, es seguro que no lo están absolutamente todos aquellos que se declaran satisfechos.

Se dan quejas por la ansiedad, falta de concentración o de aislamiento. También las hay sobre la dificultad de los contactos interpersonales. La población de los nuevos barrios se forma aleatoriamente sin contactos con el nuevo entorno, desarraigada. No obstante, se ha comprobado que las relaciones de vecindad quedan rápidamente establecidas (la ausencia de ciertos equipamientos provoca la solidaridad, la mutua ayuda y, en consecuencia, los contactos). Los viejos lazos de amistad, perdidos en el traslado, son reemplazados por otras nuevas relaciones durante el transcurso de los años primeros.

Hay quejas sobre agresiones y vandalismo.

Tales calamidades han existido siempre. Se las encuentra más a menudo donde pueda darse el anonimato, siempre mayor en la nueva barriada que el antiguo barrio donde todos se conocían mejor y se distinguía cualquier extraño. Muchas incomodidades se deben a ciertas circunstancias que no tienen nada, o muy poco, que ver con el propio barrio nuevo o con su entorno.

Otros puntos de descontento se hallan en clara relación con el mismo conjunto y su tipo de construcción. Se producen quejas por los edificios demasiado grandes, por las fachadas monótonas y excesivamente pobres, y por los terrenos baldíos en cantidad exagerada. Se rechazan, en principio, las formas constructivas nuevas e inusitadas; sin embargo, existe un efecto de adaptación y costumbre cuando se trata de formas cuya razón expresiva pueda llegar a conocerse.

Los grandes conjuntos nunca ofrecen el atractivo propio de los centros urbanos y producen, por lo general, cierta sensación de aislamiento. Se desearía una vivienda moderna en un marco de tranquilidad, pero emplazada en un barrio animado. Las nuevas barriadas, a menudo, ofrecen un carácter monótono y desértico sobre todo en sus principios.

Pudiera ocurrir, también, que en los conjuntos residenciales se dieran deficiencias no descubiertas por sus habitantes o que, inclusive, ellos fueran imposibles de descubrirlas, dado que, en la mayoría de los casos, tales problemas alcanzan tal complejidad que el individuo es incapaz de formular un juicio de valor preciso y directo. Por ejemplo: frecuentemente los padres de familia no se dan cuenta que la falta de expansión sufrida por los hijos —tanto al aire libre como bajo techo— llegó a producirles un nerviosismo creciente que perjudica su desarrollo armonioso.

Estamos ante un doble proceso: unos se acostumbran rápidamente a la falta de ciertos elementos, mientras otros van sensibilizándose con el tiempo, echándolos tanto más en falta cuanto más se despierte su sentido crítico. Por una parte, al principio no perciben ciertas deficiencias; por la otra, hay usuarios que proyectan sus problemas personales sobre los edificios y descargan en el entorno de su vivienda los propios problemas no resueltos u ocasionales. Mientras tanto, no podemos contentarnos con las manifestaciones de una mayoría que se declara satisfecha.

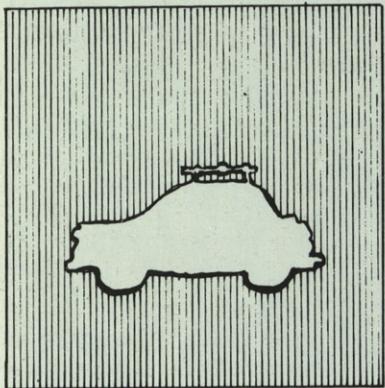
El hecho puede admitirse como una especie de animador éxito urbanístico. Sin embargo, será preciso permanecer atentos, observando los errores que se manifiesten en estas barriadas, y también a la espera de una mayor densificación que aún no existe.

2.12. Prioridades.

Hemos cometido abundantes descuidos pasando, con frecuencia, de un extremo al otro opuesto. Casi todos los barrios periféricos padecen insuficiencia de equipos culturales. Falta un lugar de reunión, un café, un restaurante atractivo, comercios competitivos, así como otros elementos propios de un entorno animado y social.



Como contraposición, nos hemos dejado invadir por el automóvil, medio de transporte individual que ha conseguido con éxito imponerse en la ordenación de las nuevas barriadas. Desgraciadamente, por vivienda, llegamos a la relación general siguiente:



Para aparcamiento 30 m.².



Para el juego de niños 3. m.²

Pretextamos una escasez de suelo. Sin embargo, fuera de algunas grandes ciudades y regiones de concentración el suelo no escasea. Ocurre, simplemente, que no se halla puesto a disposición de la colectividad en la forma apropiada.

La infraestimación del confort técnico ha causado graves perjuicios durante la metamorfosis de las ciudades. Hoy día, antes sacrificamos suelo en favor del automóvil que de la vivienda.

Debemos reestructurar nuestro sistema de prioridades, si deseamos frenar esta fatídica evolución. Estamos obligados a reconocer y modificar ciertos factores sociales y económicos que en la actualidad dificultan la realización de un entorno sano. Con el fin de satisfacer plenamente todas las necesidades de la población será preciso, y sensato, poner en práctica nuevas fórmulas de participación colectiva en los equipamientos que respondan a una necesidad con objeto de atenuar, entre otros, los riesgos financieros.

Una nueva lista de necesidades y de prioridades podría, como ejemplo, prever:

—Los juegos infantiles son mucho más importantes que los impolutas superficies verdes. No puede admitirse que éstas queden totalmente prohibidas a los niños.

—Los espacios para juegos infantiles tienen mayor importancia que las áreas de aparcamiento.

Dentro del espacio dominado por la vivienda, el automóvil debe ceder paso a las necesidades de sus habitantes, particularmente niños y ancianos. Jamás a la inversa.

—Los equipos colectivos poseen mayor importancia que los signos exteriores de riqueza.

En general, para los niños, desgraciadamente la prosperidad se traduce en juguetes múltiples y costosos en vez de expresarse en zonas de juego cada vez más extensas.

2.13. Entorno y bienestar.

El hombre se sirve de su entorno según diversas maneras: utilizando los recursos naturales, modificándolos, procediendo a nuevas creaciones y, cuestión importante, aprovechando los valores espirituales que tal entorno pudiera ofrecerle.

El hombre en sus actuaciones sobre el entorno pretende, invariablemente, satisfacer ciertas necesidades dictadas, ya por el instinto de conservación, ya por el ánimo de lucro.

Es el entorno quien le proporciona los bienes de consumo diario, sea la vivienda, sea el alimento. Es el entorno, igualmente, quien le proporciona sus riquezas: el conjunto de materias primas, tanto como los productos de la silvicultura, pesca, agricultura y ganadería. Por tanto, sólo gracias y dentro de su entorno el hombre es capaz de procurarse los elementos de su bienestar físico y moral.

Tal bienestar es función de la medida en que las necesidades quedan satisfechas, en palabras distintas, de la cantidad y calidad de bienes y servicios que el hombre consigue extraer de su entorno.

Por otra parte, el entorno no tolera la explotación desconsiderada o abusiva. Se venga, invirtiendo los términos, amenazando la vida bajo cualquiera de sus aspectos (inundaciones, erosiones, epidemias, contaminaciones).

Se trata, por consiguiente, de extraer de nuestro entorno la mayor cantidad de recursos destinados al bienestar del hombre, y evitar, por otra parte, que tal entorno peligre, lo cual exige la toma de medidas adecuadas en orden a conservar y sostener su calidad.

2.14. Calidad.

El entorno de calidad es un medio nutriente donde el hombre se realiza y donde su bienestar se desarrolla.

¿Qué tipo de calidad? ¿para quién? ¿dónde? ¿cuándo?

He aquí unas preguntas difíciles de responder, porque, la noción de calidad es, simultáneamente, objetiva y subjetiva. Varía según la persona, el grupo, el tiempo y el lugar. Se encuentra íntimamente ligada al juicio y jerarquía de valores de toda sociedad. El problema aún se complica más teniendo en cuenta que nuestra sociedad se halla en un estado de rápida evolución.

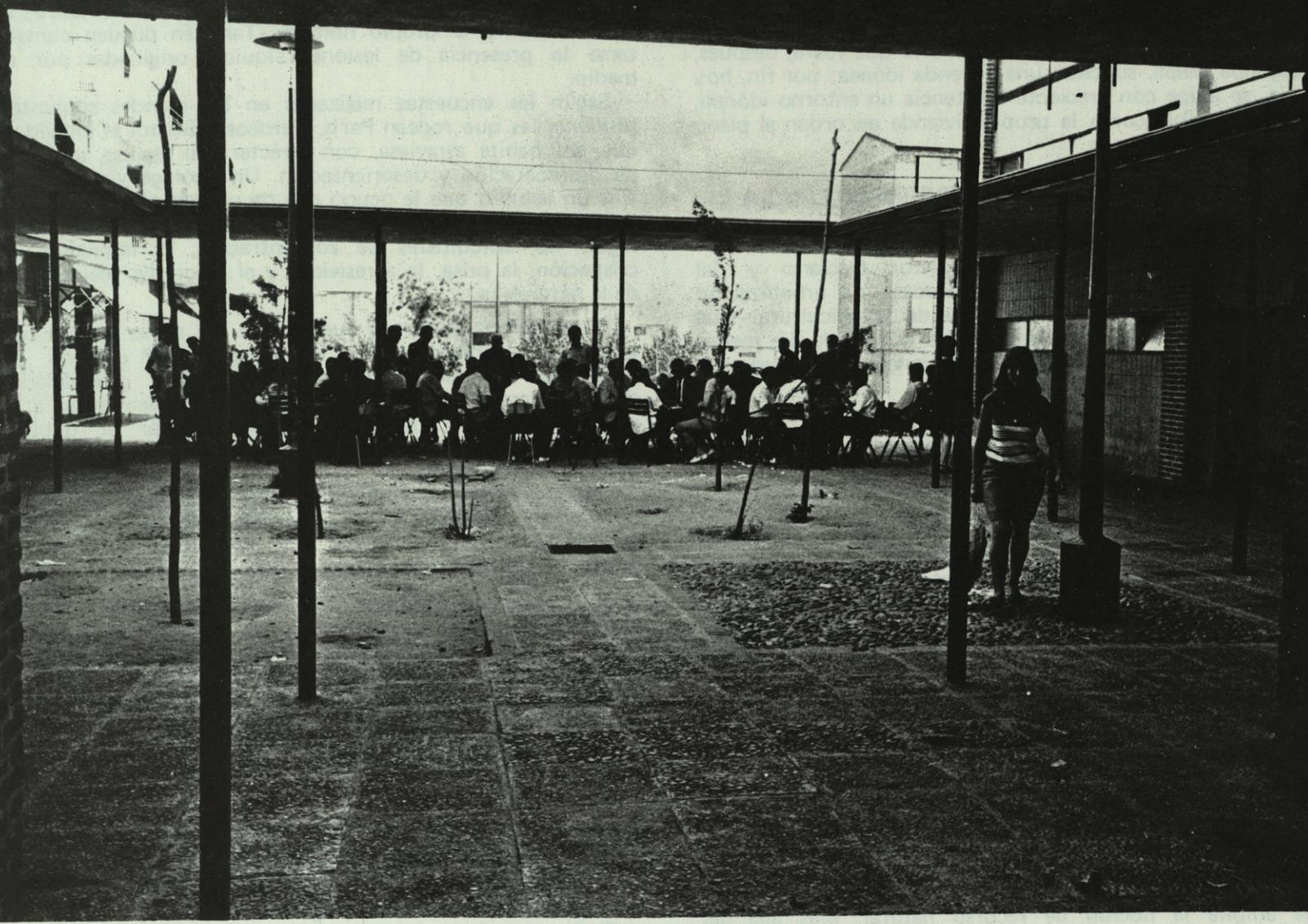
Por tanto, la calidad del entorno no puede ser el resultado de efectos y objetivos puramente materiales, sino la consecuencia de un análisis sensato de los valores y las necesidades.

2.2. El actual interés general por el entorno.

2.21. Aumento del interés.

Por las antedichas razones, en la mayoría de los países, el interés general por los problemas del medio ambiente, o entorno, no cesa de aumentar superando toda previsión. Si, hasta hoy, la mayoría de los pretendientes a nuevas viviendas buscaban, ante todo, la calidad de la vivienda propiamente dicha, comprobamos ahora que las exigencias de índole cualitativo, extendidas al medio y al equipamiento del entorno, son más frecuentes y están articuladas con mayor claridad. Ya nadie puede considerar la vivienda como una unidad autónoma.

Un estudio realizado en 1972 por el Comité Permanente Internacional de Vivienda Social de la F.I.V.U., sobre la evolución de la demanda en el sector de la vivienda social, ha puesto de manifiesto en todos los países una aspiración general a mejores urbanizaciones y a un entorno más satisfactorio.



2.22. Consecuencias de la evolución.

Este aumento del interés general se debe, fundamentalmente, a la propia evolución de nuestra sociedad.

La longevidad se ha visto considerablemente aumentada y, en paralelo, la jornada de trabajo sensiblemente reducida. El ciudadano adulto medio vive, aproximadamente, un 68 por ciento de su tiempo **en su casa**. Para el total conjunto de la población urbana tal cifra media llega a situarse cerca del 76 por ciento.

Como resultado de una encuesta muy recientemente sabemos que el hombre pasa, por término medio, siete horas diarias en este estado de vigilia dentro de su hogar; la mujer once horas (la mujer sin empleo profesional mucho más).

Según una investigación patrocinada por el Ministerio del Interior de Baviera, en 1968, aproximadamente el 10 por ciento del tiempo libre se utilizaba en vacaciones, el 20 por ciento en descansos de fin de semana y el 70 por ciento se destinaba a la expansión cotidiana.

EL HOMBRE PASA CADA VEZ MAYOR CANTIDAD DE TIEMPO EN SU VIVIENDA Y ENTORNO.

Todo ello refuerza el interés que ya posee éste dominio: creando el barrio fijamos un entorno que no cesa de actuar sobre la mayoría de los problemas importantes de la vida.

La sociedad del futuro próximo será una sociedad de tiempo libre. Desde los siglos nuestro sistema de educación, ha reservado al trabajo un lugar preferente dentro de la escala de valores. En el futuro, las distracciones, el juego, la alegría de vivir y las actividades culturales y creadoras irán ocupando un lugar cada vez más importante. (Ola de hobbies y ocupaciones del tiempo libre).

SURGEN NUEVAS NECESIDADES

El nivel general de información se ha elevado vertiginosamente gracias a la radio, televisión, diarios y revistas.

HA SUBIDO EL NIVEL DE CONOCIMIENTOS.

La multiplicación de los bienes materiales permite satisfacer necesidades siempre crecientes.

LAS EXIGENCIAS CRECEN Y SE REINVIDICA SU DERECHO.

Mientras que, al principio, los usuarios se contentaban con una vivienda suficiente, todo lo modesta que fuera, después, en segunda etapa, solicitan una vivienda idónea; por fin, hoy en día, se exige con creciente insistencia un entorno idóneo, tan indispensable como la propia vivienda en orden al pleno desarrollo de la persona.

EL FACTOR CALIDAD ADQUIERE IMPORTANCIA.

2.23. El proceso de urbanización.

La importancia creciente del sector terciario y del desarrollo tecnológico origina un proceso de urbanización galopante dado que, excepción hecha de la agricultura —que a su vez en razón a la mecanización, precisa cada día menos mano de obra— las actividades profesionales están cada vez más íntimamente ligadas a la ciudad.

CADA VEZ ES MAYOR EL NUMERO DE LAS PERSONAS QUE TRABAJAN Y HABITAN EN UN MEDIO URBANO.

Las ciudades crecen constantemente. Se crean nuevas ciudades. Como represalia, la población urbana comienza un abandono de la ciudad por el campo. Ambos movimientos entrañan profundas modificaciones del medio. Al extenderse los confines urbanos, el campo va quedando cada vez más lejos de los habitantes urbanos y éstos, al salir de la ciudad en busca de un ambiente rural, encuentran con demasiada frecuencia que éste ambiente ha sido ya modificado por otras personas residentes también en las ciudades.

EXISTE UNA TOMA DE CONCIENCIA QUE NO SOLO ALCANZA A LAS MODIFICACIONES DEL ENTORNO Y PRINCIPALMENTE SE REFIERE A LA IMPORTANCIA, COMPLETAMENTE NUEVA, QUE ESTE ENTORNO POSEE PARA EL HOMBRE.

Se amplia la noción de recurso natural. Más allá del concepto de explotación del suelo, se comienza a incluir los de espacio vital y posibilidad de recreo. Muy pronto éstas últimas superan en importancia a la primera.

HA CAMBIADO LA NOCIÓN DE CALIDAD DEL ENTORNO.

2.24. El hombre toma conciencia del entorno.

Con frecuencia, hoy nos percatamos de que el entorno responde cada vez menos a los deseos y necesidades de los habitantes.

Hemos llegado a comprender que una población creciente con ingresos en aumento, mayor movilidad, más tiempo libre y un paralelo incremento de la producción y del consumo, no sólo condiciona los resultados económicos sino que constituye una carga pesada para el entorno. En Europa, donde existe una elevada densidad de población, la destrucción del entorno, llevada a cabo por el hombre, alcanza proporciones que representan ya serios peligros para la propia humanidad. Comenzamos a entender la necesidad de una política de protección y ordenación de la naturaleza que vaya más allá de la política de las pequeñas zonas verdes, la defensa de animales salvajes, la creación de senderos turísticos o la protección de un viejo tilo.

2.25. Las lesiones.

Nuestro actual interés general por los problemas del

entorno igualmente se debe a la multiplicación de las degradaciones originadas por la polución, el ruido y los efluentes residuales de la urbe, que amenazan tanto al entorno como al propio hombre. También pueden constatarse la presencia de lesiones síquicas originadas por el medio.

Según las encuestas realizadas en los grandes conjuntos residenciales que rodean París, Burdeos y Bristol el individuo que allí habite atraviesa, con carácter casi regular, una fase de desesperación y desorientación. Un sicólogo vienes revela, tras un estudio que le ocupó más de un decenio, el aumento de las lesiones síquicas en el medio urbano. Cita, en primer lugar, las dificultades de concentración, la inquietud, la crispación, la prisa, la agresividad y el progresivo alejamiento de la naturaleza.

Comenzamos a darnos cuenta que los niños poseen una sensibilidad extraordinaria a la influencia del entorno. Se descubren los daños producidos por unas posibilidades de juego insuficientes: falta de imaginación, demasiado afán por la diversión, ausencia de afición por el trabajo, dificultades de concentración, nerviosismo, e irritabilidad, agresividad y grosería.

Cuando faltan las condiciones que permiten al niño una integración progresiva, y sin violencias, en la sociedad de los adultos, nos encontraremos ante la peligrosa formación salvaje de bandas compuestas por jóvenes gamberros.

La evolución precipitada —a veces inhumana— que ha sufrido el medio ambiente en las gigantescas ciudades industriales de nuestros días, supera con creces la capacidad síquica de adaptación del adulto y, con mayor razón, la del niño. Esto puede comprobarse por la multiplicación de lesiones debidas al medio que aparecen en la adolescencia.

Las investigaciones médicas, por su parte, nos señalan un aumento de enfermedades o alteraciones de la salud debidas a ciertos tipos de vivienda.

El hecho de que el hombre moderno se encuentre incómodo en ciudades superpobladas y dentro de un ambiente inhumano, doblado por las frustraciones, contribuye a convertirle en irritable y agresivo.

Si deseamos evitar que éste proceso evolutivo no termine en un peligro incontenible, de consecuencias irreversibles para la salud de las gentes, debemos conceder creciente atención al entorno de la vivienda.

2.3. Los efectos negativos y sus causas profundas.

2.31. Separación, segregación e integración.

Existe, en primer lugar, una excesiva separación de funciones: vivienda, trabajo, circulación y recreo. Tal separación nos lleva, como consecuencia, a una gran concentración de elementos idénticos.

Ayer nos encontrábamos con una familia completa —padre, madre e hijos— caminando por el sendero de un bosque. Mañana, allí sólo hallaremos columnas de paseantes.

A cualquier sitio donde dirijamos nuestros pasos, en las tardes o los fines de semana, sólo vemos seres iguales, productos de serie, por más que estemos deseando perderlos de vista.

Las autopistas urbanas, o los centros de diversión masiva, son cada día más gigantescos. Unas edificaciones siempre mayores exigen la presencia de superficies libres cada vez más vastas, caóticas, desérticas, confusas e incontrolables.

Una gran parte de nuestras dificultades sociales son la consecuencia de una segregación excesiva. La multiplicación de unidades sociales de idéntica categoría nos conduce a la segregación y a la desintegración de la sociedad.



2.32. Densificación.

Todo esto puede aplicarse a los edificios gigantescos. Disponiendo de un conjunto de medios técnicos (ascensores, sistemas de acondicionamiento de aire, ventilación forzosa... etc.) intentamos persuadirnos a nosotros mismos de que es necesaria la densificación exagerada. Por tal motivo, olvidamos que las diferentes densidades corresponden a modelos sociales distintos. En realidad, la densidad excesiva es una solución muy discutible. En la práctica, nunca permite una mayor utilización del suelo, ya que, superado cierto número de plantas, resulta imposible continuar aumentando la densidad de población.

2.33. Preponderancia de los argumentos económicos y técnicos.

Ocupan éstos un lugar demasiado preponderante en perjuicio de las personas, quienes se encuentran sujetas a una dependencia tal de la técnica y sus fallos que pueden acarrearles tensiones nerviosas enfermizas.

Cada vez adquiere mayor importancia el confort técnico y, desgraciadamente, determina el éxito económico de la operación.



2.34. Industrialización.

La repetición y el módulo dominan nuestra actual construcción industrializada. Ambos asfixian y encadenan al niño quien sólo encuentra la repetición normalizada de formas idénticas. Existe un evidente y progresivo abandono de lo natural. La juventud adopta formas de vida cada vez más antibiológicas. Los niños de nuestra generación pierden el contacto con la naturaleza.

Numerosas barriadas se hallan carentes de diversidad anonadando a sus habitantes en la monotonía.

Falta el elemento sencillo, humano, de todos los días. La simple actividad del hombre natural y cotidiana tiende a desaparecer para ser sustituida por el intelectualismo, el racionalismo, el constructurismo, el exhibicionismo y los estimulantes artificiales.

2.35. Modificación del entorno.

Los cambios, siempre crecientes, que experimenta el entorno imponen al hombre un creciente esfuerzo de adaptación. Una tensión prolongada, o excesiva, debida al entorno da lugar a reacciones de carácter nocivo.



2.36. La limitación de las áreas de juego y recreo.

Hemos privado a los niños de su espacio de juego. El automóvil los ha apartado de las calles sin concederles otro lugar distinto para jugar. Ello ha producido, como resultado, una verdadera falta de espacios para el juego infantil. Los médicos, sicólogos y pedagogos continuamente nos advierten sobre las consecuencias de tal situación. Creemos posible una compensación gracias a juguetes más refinados y a la televisión. Sin embargo, la experiencia personal es una cosa insustituible.

Faltan áreas de recreo idóneas en el interior de nuestras ciudades, mientras que las más atractivas de las emplazadas en su exterior son incapaces de llenar esta laguna.

2.37. Degradación del clima.

Subestimamos los factores climatológicos del entorno.

Se concede muy poca importancia a la dirección de los vientos en el momento de decidir la disposición de nuestras calles, plazas o edificios. El resultado será una constante formación de remolinos molestos. Con demasiada frecuencia, con el emplazamiento de los edificios, bloqueamos las chimeneas naturales de ventilación en nuestros centros urbanos y, así, terminamos condenándolos a una polución atmósferica creciente.

Disponemos, en nuestras ciudades, un exceso de superficies hormigonadas o asfaltadas en perjuicio de los árboles y superficies verdes. Las aguas pluviales discurren muy rápidamente y así se forma cada vez mayor cantidad de polvo. En tales desiertos de piedra, durante el verano se

produce una elevación de la temperatura y el clima urbano se altera en perjuicio de las condiciones de vida.

Construimos barrios residenciales en medio de zonas polutas confiando que el aire acondicionado nos resuelva todos los problemas, cuestión imposible. Descuidamos las medidas preventivas contra la autopolución de los barrios.

Incluso los mismos especialistas de climatización, instalando sus nuevos dispositivos de acondicionamiento de aire y ventilación, lanzan al medio ambiente el polvo y el aire viciado sin preocuparse de las consecuencias que se originan desde el punto de vista climatológico.

El hombre no tiene en absoluto ninguna necesidad de la envoltura protectora que significaría un clima siempre uniforme en el interior de los edificios; lo que, por el contrario, necesita un clima a la vez variado y estimulante, cosa que precisamente exige su propia naturaleza humana a la cual le resulta imposible renunciar.

Las necesidades fundamentales bajo los aspectos médico, pedagógicos, físico y sociológico, se encuentran exploradas insuficientemente y, además, su conocimiento carece de la debida difusión.

NOS FALTAN BASES CIENTÍFICAS ADECUADAS.

NOS FALTA UNA EFICAZ COLABORACIÓN INTERDISCIPLINAR.

NOS FALTA DE UNA DIVULGACIÓN SUFFICIENTE DE LA INFORMACIÓN.

EN FIN, NOS FALTAN CONTACTOS CON LAS GENTES.